

DIOS ES DUEÑO DE TODO

UNA MIRADA BREVE DESDE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La convicción de que Dios es el dueño de todo no es solamente una enseñanza bíblica; también ocupa un lugar central en el Magisterio de la Iglesia. La doctrina católica afirma que todo cuanto existe procede de Dios, depende de Él y está orientado hacia Él. Nada pertenece al ser humano de manera absoluta, porque todo ha sido creado por Dios y confiado temporalmente a nuestra administración.

1. Dios es el Creador y Señor de todas las cosas

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

“La creación tiene su bondad y su perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada ‘en estado de vía’ hacia una perfección última todavía por alcanzar.” (CIC 302)

Esta enseñanza nos recuerda que todo lo creado tiene su origen en Dios. El universo no es fruto del azar ni propiedad última del ser humano. Dios es el Señor de la historia, de la naturaleza, de la vida y de todos los bienes materiales.

Asimismo, el Catecismo afirma:

“La creación es la obra común de la Santísima Trinidad.” (CIC 292)

Por tanto, todo lo que existe pertenece a Dios porque ha sido querido y creado por Él.

2. Los bienes de la tierra tienen un destino querido por Dios

El Magisterio enseña que Dios creó los bienes de la tierra para beneficio de toda la humanidad:

“Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos.” (Catecismo de la Iglesia Católica, 2402)

Esta afirmación es fundamental. Los bienes no tienen su origen en el esfuerzo humano sino en la generosidad divina. Antes de ser propiedad de alguien, son un don de Dios para toda la familia humana.

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II enseña:

“Dios destinó la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos.”

La Iglesia reconoce la propiedad privada, pero recuerda que existe una verdad más profunda: Dios es el propietario supremo de todo cuanto existe.

3. El ser humano es administrador, no dueño absoluto

El Magisterio insiste en que el hombre recibe los bienes para administrarlos responsablemente:

“En el uso de sus bienes, el hombre debe considerar las cosas exteriores que legítimamente posee no sólo como exclusivamente suyas, sino también como comunes.” (CIC 2404)

Esta enseñanza combate la ilusión de la autosuficiencia. Con frecuencia las personas dicen: “Esto es mío porque lo gané con mi trabajo”. Sin embargo, la fe cristiana recuerda que incluso la capacidad de trabajar, la salud, la inteligencia y las oportunidades son dones de Dios.

Por eso, todo propietario humano es solamente un administrador de los bienes que Dios le ha confiado.

4. La riqueza no da soberanía sobre los bienes

San Pablo VI enseñó en la encíclica *Populorum Progressio*:
“La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto.”

La Iglesia no condena la posesión de bienes, pero sí rechaza la idea de que el ser humano pueda disponer de ellos ignorando la voluntad de Dios. La riqueza adquiere su verdadero sentido cuando se reconoce que Dios es el dueño de todo y que los bienes han sido recibidos para servir al bien común.

5. Toda la creación pertenece al Señor

El Magisterio reciente, especialmente a través de Papa Francisco, ha insistido en que la creación no es propiedad humana.

En la encíclica *Laudato Si'* leemos:

“No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada.”

Esta frase recuerda una verdad esencial: el ser humano no es dueño absoluto del mundo. La creación es un regalo recibido del amor de Dios y debe ser contemplada con gratitud, respeto y reverencia.

La Iglesia Católica enseña con claridad que Dios es el origen, fundamento y propietario de todo cuanto existe. La creación, los recursos naturales, los bienes materiales, el tiempo, los talentos y la misma vida humana pertenecen al Señor. El hombre no es dueño absoluto sino administrador temporal.

Reconocer que Dios es el dueño de todo transforma nuestra mirada sobre la economía, el trabajo y las posesiones. Nos ayuda a vivir con humildad, gratitud y confianza, sabiendo que todo proviene de las manos amorosas del Padre y que todo está llamado a volver a Él.

Como proclama el Salmo 24,1:

“Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el mundo y todos sus habitantes.”

Esta es la gran verdad que ilumina toda la enseñanza bíblica y magisterial sobre los bienes: todo es de Dios, porque todo viene de Dios y todo existe para su gloria.